

cañón del revólver á su propio oído y cae exánime sobre el cuerpo de la víctima. Ya dos galanes, disputándose el cariño de una bella, se lán á navajazos ó á palos ó á tiros de revólver, y no sosiegan hasta quedar en el sitio, abierta la garganta ó traspasado el pulmón. Ya un viudo, á quien se le ha ocurrido, en uso de su derecho, contraer segundas nupcias, es afrentado con bárbara cencerrada, y sale al balcón y la dispersa á trabucazos, causando dos ó tres bajas entre los músicos. Ya un pastor, por venganza, pega fuego á los pajares, los hatos, la choza de su enemigo. Ya se traban de palabras dos guapos (esto ocurre á cada triquitraque), y después de jactancias y amenazas y chungas y mucha saliva por el colmillo, disciernen la cuestión de quién es más animal, sacándose los intestinos ó comiéndose (ha sucedido) la nariz ó las orejas. Ya un guardia de seguridad apalea á un chiquillo y lo deja por muerto. Ya dos chulas, por un quitame allá esas barreduras, esgrimen el cuchillo, y una de ellas se desploma bañada en sangre, para no levantarse nunca. Ya un esposo calderoniano acecha á su mujer, la ve salir de donde no debiera haber entrado, y le parte el corazón. Ya una Lucrecia de la calle de Postas, perseguida y rondada por un audaz Tenorio de blusa, no encuentra mejor modo de resolver el conflicto que seccionarle la yugular...

* * *

¿No es cierto que todos estos criminales españoles habían nacido para el bien; que Lombroso no encontraría en ellos estigma alguno, ni sacaría en limpio gran cosa del examen de sus mandíbulas, cigomas y arcos superciliares, como no fuese la estupidez y la tontería, y que no son ellos, es el estado social lo que delinque?

Hasta en los delitos no pasionales; hasta en los atentados á la propiedad, suele delinquir la sociedad por mano del individuo. Si no se educa y prepara al hombre para ganarse la vida; si á la mujer se le cierran los caminos por donde iría á conquistar el pan honradamente, se hace germinar la delincuencia y la criminalidad

«como en sombrío matorral los hongos.»

Que los ladrones de oficio roben y asesinen, será malo, pero es un mal difícil de evitar completamente. Considero más triste que engruesen las falanges del crimen individuos que no son llevados á él ni por inclinación irresistible ni por hábito contraído en el medio social. De estos últimos no nos faltan; pero los criminales españoles más numerosos son los ocasionales, como la famosa, popular y aplaudida Lucrecia de la calle de Postas.

* * *

Algo se roza con la delincuencia ocasional (al fin es un fraude) el hecho, comentado por los diarios, de que *naciesen* el primero de año y siglo tantas criaturitas, para aprovechar las 150 pesetas de prima que á estos nacimientos ofreció el Municipio de Madrid. El fraude era por cierto facilísimo de perseguir y descubrir restableciendo la normalidad de la estadística, barajada por la supuesta fecundidad extraordinaria de las mujeres en un mismo espacio de veinticuatro horas. No sé si han puesto los medios ó se ha preferido hacer la vista gorda y dejar consignado el curioso fenómeno de que determinado y solemne día del año la natilidad aumentó de una manera impensada y sorprendente, saltando desde un diez á un ochenta ó cien. Realidad ó farsa (de cierto lo segundo), el siglo se ha venido trayendo en las manos una caja llena de bebés llorones.

* * *

¡Terrible comienzo de siglo el que vieron los pasajeros del encallado vapor *Rusia!* Alguno habrá pisado tierra con el pelo blanco, que lo tendría negro antes de desencadenarse el temporal. No se olvidarán, no, de esos días espantosos. Clavado el buque en los peñascos, olas gigantes barrían la cubierta, y á duras penas conseguían los pasajeros no ser barridos también. Agarrados á los palos, amarrados con cuerdas, los sostenía, más que la fuerza de las amarras, el invisible cabo de la esperanza, que hasta en medio de la agonía presta vigor al espíritu. El oleaje, entretanto, iba desbaratando la popa, y el buque se inclinaba gradualmente hacia el abismo. El agua se metía en él, con fragoroso resuello de monstruo que ansía acabar de tragarse su presa. En vano habían pedido socorro. Imposible llevárselo; ni lancha ni embarcación de ninguna clase podían luchar victoriosamente con las montañas de agua embravecidas. El viento, huracanado, furioso, les impedía

lanzar un cabo á la playa. No quedaba más recurso que esperar, esperar... el desenlace, la muerte. Y así, sin comer, sin beber, sin dormir, empapados de agua, flagelados por el viento, aguardaban á que un crujido mayor les diese la señal de morir. Erguido, sereno, el capitán resistía en pie, animando á los desesperados, arbitrando los pocos medios de defensa que aún podían emplearse. Tres días con sus noches estuvieron así, en capilla, encomendando á Dios el alma los que tuviesen fe, viéndose ya en el negro abismo de la nada los descreídos, y repasando cada cual su vida entera para llorar, arrepentirse, recordar, sentir... Quizás ni aun eso. El mero instinto de conservación, la pura animalidad, en tales ocasiones críticas se imponen. Sólo se ve el espanto, el horror de lo que se acerca y que la cólera de los elementos reviste de tan tremendo aparato. Muchos pasajeros, sobrecogidos por un desmayo mortal, eran los más felices: no se daban cuenta de lo que iba á pasar allí. Para ellos, ya se había acabado la tragedia.

¡Cómo les latiría el corazón, á los que no habían perdido el conocimiento, al notar que, *por fin*, una lancha conseguía dirigirse hacia el buque! La voluntad del cielo había aplacado el huracán; el amanecer traía con su luz el induito.

* * *

No tuvieron la misma suerte los pobres traineros de mi país, tripulantes de la barca *Encarnación*, de la matrícula de Puente deume. Fué drama más rápido, menos angustioso, pero más cruel en sus resultados, pues dejó en el fondo del mar á cinco hombres y en el desamparo á cinco familias. Mil veces se ha hecho la sentida relación de las angustias que lleva consigo el oficio del pescador. Ellos, no obstante, ni se ocupan ni se preocupan del peligro, y estoy por decir que á sus mujeres é hijos les pasa otro tanto. La frecuencia embota el miedo. Están fogueados. He podido observarlo, porque paso el verano á orillas del mar. Las disposiciones relativas á aparejos de pesca, las alzas y bajas del mercado, las probabilidades de un buen lance, dan más que hablar á los pescadores que las contingencias de una desgracia. Son gentes expuestas á una enfermedad que no padecen los terrícolas: cuentan con ella, y no la recuerdan mucho, á no ser cuando un zarpazo ó una dentellada les obliga á recordar involuntariamente que se pasan la vida en la jaula de una fiera y desafiándola. La costumbre lo gasta todo. «¿Quién sabe dónde está su suerte? — me preguntaba cierto día, después de oír el relato del naufragio de un transatlántico, un marinero de mi costa, viejo color de yesca, duro y derecho como un roble, de faja, zuecos y camiseta á rayas que modelaba el tórax fornido. — ¡Cuántos irían en ese buque grande que se embarcarían por primera vez, que no habrían pensado embarcarse nunca, y que dejaron la piel ahí y no en su casa, descansados, con médico y confesor! Y yo — repetía el viejo, — yo que llevo la *sinfinidad* de años de correr los temporales; yo que si no salgo á la mar no tengo qué darles á los chiquillos para que coman; yo que si me retuercen echo saín; yo, si Nuestra Señora de la Guía lo permite, en tierra he de acabar, como la sardina que la sueltan en la playa y allí da las boqueadas y se queda tiesa...»

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

CRÍMENES. — FECUNDIDAD SINGULAR. — LOS DRAMAS DEL OCÉANO

La criminalidad en España no disminuye. Hay épocas en que arrecia. Se dan rachas, lo mismo que en los descarrilamientos y choque de trenes. La crónica negra de los diarios asusta en ciertos días del mes. No sé si acierta ó se equivoca un distinguido penalista que hace coincidir el aumento de la criminalidad con el aire Sur: lo que aseguro es que hay semanas criminales.

* * *

Uno de los patriotas de la mentira, amigos de echar tierra á todo y desfigurar los hechos, me combatía porque afirmé que en Francia la criminalidad disminuye. Citábeme los casos que ocurren en los arrabales solitarios de París y en los extraviados bulevares exteriores. Partidas ó gavillas de ladrones los infestan, y el que se descuida y va solo y de noche y sin armas por esos lugares sospechosos, tiene la seguridad de encontrarse con el garrote del *souteneur* ó el cuchillo del *rodeur*. «¿Es lícito — exclamaba mi patriota — darnos por ejemplo á Francia?»

— Sí que es lícito, respondía yo. Los fenómenos sociales se han de juzgar reflexionando. Las impresiones de lectura de periódicos engañan. Relacione usted causas y efectos, y entonces comprenderá. — ¿Quiénes cometen esos crímenes relatados en la prensa francesa?

— ¿Quiénes han de ser? Perogrullada. Los malhechores.

— No perogrullada. En España, también hay malhechores criminales, pero buena parte de los crímenes los comete la gente de bien.

— ¿Qué está usted diciendo?

— Lo que usted oye. La gente de bien; personas excelentes á veces, pero impulsivas, faltas no ya de cultura, sino de la instrucción más elemental, á obscuras, sin respeto á la ley, con falsas nociones del punto de honra; en fin, salvajes sin malignidad, ó niños sin criterio moral, como son siempre los niños y los salvajes. Ahí tiene usted el mayor contingente de la criminalidad española.

— ¿Sabe usted que es curiosa la observación?

— No sé si es curiosa, pero es exacta y nueva.

* * *

Léanse despacio las noticias de crímenes en nuestra patria. ¡Qué á menudo resulta vagamente simpático el criminal! Ya un mancebo enamorado deja seco al padre ó al hermano de su ídolo, porque se oponían á las relaciones. Ya otro Romeo entusiasta y que no concibe la existencia sin la pasión, levanta la tapa de los sesos á su adorada cuando ésta se niega á proseguir el idilio, y acto continuo aplica el